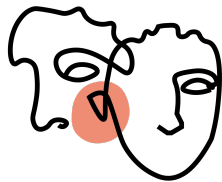


# LA CÓLERA DE AQUILES

## ILÍADA, CANTO PRIMERO

NUEVA TRADUCCIÓN ANOTADA



un libro polymorph  
<http://polymorph.blog>

CARLOS A. SEGOVIA

> esta página ha sido dejada deliberadamente en blanco <

# LA CÓLERA DE AQUILES

## ILÍADA CANTO PRIMERO

*Nueva traducción anotada de*

Carlos A. Segovia



un libro polymorph  
<http://polymorph.blog>

---

© Polymorph & Carlos A. Segovia, 2021

Cubierta: sello micénico (detalle), cortesía de Gilles Courtieu

## Índice

---

Prólogo	7
Ilíada I	11
Proemio	11
Agamenón ofende a Apolo	12
La venganza de Apolo	14
Aquiles convoca la asamblea de los aqueos	14
El oráculo de Calcas	15
Aquiles y Agamenón se enfrentan	16
La aparición de Atenea	19
El juramento de Aquiles	20
El discurso de Néstor	21
Aquiles se retira	22
Preparativos para la devolución de Criseida	23
Agamenón roba a Briseida	23
Aquiles suplica a Tetis	24
Crises recupera a su hija y Apolo es aplacado	26
Tetis intercede por su hijo ante Zeus	28
Hera y Zeus discuten	30
Palabras finales de Hefesto	31
Glosario	33
Bibliografía	41

> esta página ha sido dejada deliberadamente en blanco <

## Prólogo

---

Pronuncio palabras comprensibles para quienes piensan:  
lo profundo del aire permanece sin mancha,  
el agua del mar no se corrompe,  
y el oro procura dicha [a quien lo contempla];  
pero al hombre no le está permitido evitar la vejez y recobrar, de la juventud, el  
[ esplendor.

Y, sin embargo, la excelencia no se extingue cuando lo hacen los cuerpos mortales:  
la Musa nutre su luz.

Quien escribe esto es Baquílides (Oda III, vv. 85-92). Sus versos podrían interpretarse como un comentario a la *Iliada* y, muy especialmente, al primero de sus cantos, cuya problemática gira en torno a la relación entre la excelencia del aparecer o hacerse presente (de X, Y o Z en tanto que esto, aquello o lo de más allá: el joven en tanto que impetuoso, el anciano en tanto que sabio, el adivino con su conocimiento y su capacidad para descifrar enigmas, el rey con su autoridad) y los límites que dicho aparecer debe siempre observar para no incurrir en injusticia frente al aparecer de los demás; problemática que es, por lo tanto, a un tiempo ontológica (relativa a lo que las cosas son) y ética (relativa a cómo es necesario comportarse) a pesar de su textura épica (ligada a los vaivenes de una contienda bélica).

Tras ello, claro está, se perfila la asunción, inevitable, de la muerte, que si en un sentido impulsa a los héroes hacia la consecución de fama, debe, en otro sentido, limitar esa legítima aspiración impidiéndole desbordarse más allá de su justa medida, es decir, impidiéndole incurrir en «exceso» (*hýbris*, noción recurrente en la tragedia griega que en la *Iliada* tiene su semilla).

Es dicha aspiración la que reflejan los siguientes versos del Canto XII (vv. 322-328), en los que Sarpedón (un héroe del bando troyano) se dirige de este modo a su compañero, Glauco:

¡Querido amigo, si escapando de esta batalla  
fuéramos a ser siempre jóvenes e inmortales,  
no lucharía yo entre los primeros  
ni te enviaría a ti al combate donde se gana fama!  
Pero como las diosas de la muerte acechan  
innumerables, y los mortales no pueden eludirlas,

¡vayamos, ya sea a mayor gloria de otro o para alcanzarla nosotros!

Recogido aquí bajo el título de *La cólera de Aquiles* —valdría decir también *de Apolo*, que es quien la induce— El Canto I habla, por su parte, acerca de la necesidad de ponerle bridas. ¿Pues, al fin —y con ello nos deslizamos desde lo trágico a lo filosófico—, qué es la vida sino juego, alternancia, entre el límite y lo ilimitado, como decían los pitagóricos, o entre «elicitación» y «contención», como sugiere Roy Wagner? En definitiva, toda realidad tiene dos caras; de ahí, justamente, que el conocimiento proceda de enigma en enigma, según una lógica no tanto demostrativa (deduciéndolo todo a partir de un primer principio), iluminativa (intuyéndolo) o sustractiva (eliminando todo principio, como es moda hoy) cuanto quiasmática (o de perspectivas cruzadas).

En el plano mitológico, hombres y dioses, mortales e inmortales, simbolizan ese juego oscilante. Pues los dioses (olímpicos) no son sino las fuerzas inagotables de la tierra que hacen mundo (mientras que esos otros dioses anteriores a los olímpicos que son los hijos del Caos y la Noche lo deshacen), fuerzas a las que los hombres dan forma provisional a lo largo de sus vidas. Así, los dioses mueren (es decir, su infinita productividad se ve de algún modo limitada o contenida) en la vida de los hombres (y todas las demás cosas), los cuales viven entonces —cabe inferir— de la muerte de los dioses, y viceversa: los dioses viven a través de la muerte de los hombres y los hombres mueren frente a la vida eterna de los dioses. El fragmento 62 de Heráclito expresa esta misma idea mediante un doble y bellissimo quiasmo: «Mortales inmortales, inmortales mortales, aquellos viviendo la muerte de éstos, aquellos muriendo la vida de éstos», que evita, así pues, precisar quién es quien, o sea, quién vive qué y quien muere qué; se limita a superponer ambos espejos.

Pues bien, en el Canto I de la *Iliada*, Agamenón —que no es precisamente una figura divina, sino un hombre codicioso y malvado— y el divino Aquiles simbolizan la falta y la necesidad del límite, respectivamente; esto es, el peligro y la necesidad de hacerle frente, o, si se quiere, la cara y la cruz del juego, sobre cuyas implicaciones el lector es invitado a reflexionar cuidadosamente.

Una breve nota sobre la edición del texto. He tratado de ser lo más fiel posible al original griego, no sólo en cuanto a la letra sino también en cuanto al sentido, que, por raro que parezca, es, muchas veces, infinitamente más difícil de capturar que aquélla dada la distancia que nos separa de eso que inicialmente no era texto sino poema, primero improvisado y luego recitado y acompañado de música y danza pero que únicamente como texto nos ha llegado a nosotros: eso, entonces, que llamamos el primer canto de la *Iliada*. He optado por dividirlo en epígrafes para facilitar la comprensión del argumento, por decirlo en términos



modernos. Las notas a pie de página, a su vez, pretenden aclarar el entramado filosófico y arrojar luz sobre algunas cuestiones de segundo orden. Al final del volumen quienes, poco familiarizados con la Grecia arcaica, se vean perdidos entre nombres y nociones hoy prácticamente olvidados para nuestra desgracia, encontrarán un glosario que les ayudará a navegar por esas aguas. Y, tras el glosario, se hallará una breve bibliografía que útil, sobre todo, para quienes quieran saber algo más sobre lo dicho y no dicho tras las palabras puestas por el poeta en labios de la Musa.

Desde que, hace más de cuarenta años, me asomé con ojos de niño —pero quizá no haya otros mejores— por primera vez a la *Iliada*, ésta me ha acompañado intermitentemente. No diré que la he leído una vez al año, como aconsejaba Georges Dumézil, pero he vuelto una y otra vez a sus versos con emoción renovada, sobre todo en el curso de los últimos años. Los estudios de Walter Otto sobre mitología griega, los de Martin Heidegger y Emanuele Severino sobre la filosofía presocrática, los de el propio Severino y Douglas Cairns sobre la tragedia, y, ante todo en este caso, los de Herman Fränkel, Marcel Detienne, James Redfield y, en nuestro país, Felipe Martínez Marzoa sobre lo que el último de ellos llama el «decir griego», han sido fundamentales para mí a la hora de percibir y comprender lo que los hexámetros dactílicos del poema dan en revelar. Y otro tanto debo decir de estudios más recientes sobre la poesía homérica como los de Aida Míguez Barciela y Gilles Courtieu. Quede, así pues, expresada mi deuda con todos ellos. Pero debo decir que tal vez nunca habría llegado nunca entender a gran cosa de lo que la *Iliada* atesora entre sus páginas sin no me hubiera topado un día con las adaptaciones cinematográficas —si es que tiene sentido llamarlas así— que, entre los años '60 y '70 del siglo pasado, Pier Paolo Pasolini hizo o se propuso hacer (en el caso de la última) de la *Medea* de Eurípides, el *Edipo rey* de Sófocles y la *Orestíada* de Esquilo, pues el tratamiento que Pasolini hace de lo sagrado en su «cine de poesía» —sobre el que he escrito en otro lugar— suministra la clave de bóveda del conjunto; pero lo dejo ahí, a título de enigma.

*a orillas del Mediterráneo,  
no muy lejos del lugar en el que,  
con apenas seis años,  
abrí mi primera Iliada*

*Altea, verano de 2021*

CAS

> esta página ha sido dejada deliberadamente en blanco <

## Ilíada I

---

### Proemio

La cólera canta, diosa, del Périda Aquiles,<sup>1</sup> 1  
terrible, que incontables dolores causó a los aqueos  
y muchas valerosas *psychai* al Hades envió,<sup>2</sup>  
de héroes, y de ellos mismos hizo despojo para los perros  
y las aves, cumpliéndose así el plan de Zeus,<sup>3</sup> 5

---

<sup>1</sup> La cólera de Aquiles contra Agamenón y su decisión de no seguir luchando junto a los demás aqueos en la toma de Troya es el eje en torno al cual gira el poema hasta el Canto XX, en el que el héroe regresa al combate. Pero no se trata de un estado psicológico. Los personajes homéricos (a excepción de Ulises, protagonista de la *Odisea*, cuyo problema de fondo es la relación entre ser y parecer, y no, como en la *Ilíada*, el de los límites que todo aparecer dentro del horizonte del ser debe asumir) carecen de interioridad, sin que quepa, no obstante, interpretar esa falta como una carencia, pues es la acción más bien que la intención —la objetividad más bien que la subjetividad— la que cuenta. Es, por tanto, la vitalidad de cada personaje en tanto que campo de fuerzas en el que la excelencia tiene o pierde la oportunidad de brillar (garantizando, en caso de hacerlo, la inmortalidad al héroe en la memoria colectiva, que registrará asimismo los desafíos implicados en todo ello a título de enseñanza para las futuras generaciones) aquello sobre lo que la acción se centra. Por otra parte, que sea justamente la cólera de Aquiles, y no Aquiles mismo, el eje del poema, significa que el tema de este último es un acontecimiento desencadenado por otros y que provoca, a su vez, otros más (incluidas las muertes y los funerales de Patroclo y Héctor, por ejemplo).

<sup>2</sup> Traducir *psychai* (sing. *psyché*, *psyché*) por «almas», con las connotaciones que este término tiene para nosotros, sería un anacronismo. Ya hemos visto que los personajes homéricos carecen de interioridad, por lo que no cabe suponer tampoco que su (inexistente) interioridad represente algo así como lo esencial de cada uno. Véase el siguiente verso, donde «ellos mismos» no son sino sus cuerpos, convertidos, al morir, en «despojo para los perros y las aves». *psyché* es, por decirlo así, la pálida sombra que de uno queda al morir en la imaginación de quienes permanecen con vida, pero sin que imaginación signifique aquí nada subjetivo (véase lo ya dicho acerca de la irrelevancia de lo subjetivo en la nota precedente): la impresión de que, durante un tiempo al menos, el muerto vive aún en un reino ya únicamente de sombras, y de que su esquiva presencia puede sentirse e incluso ser fugazmente vista, es impresión de algo y, por tanto, impresión de alguna manera objetiva. El término sombra es particularmente indicado en este contexto. Los Usen Barok de Nueva Irlanda identifican el alma y la sombra física, pues si se contempla atentamente ésta durante un cierto tiempo y, acto seguido, se cierran los ojos y se mira, sin abrirlos, al cielo, su impronta permanece en la retina; la *psyché*, como la sombra, es, así pues, aquello de uno que puede, paradójicamente, salir de uno. De ahí que en los poemas homéricos las *psychai* que habitan en el Hades no tengan exactamente vida, sino que se limiten a recordar la vida que tuvieron cuando estaban unidas a sus cuerpos correspondientes. Traducir, por tanto, *psychai* por «vidas» tampoco sería apropiado.

<sup>3</sup> El plan de Zeus consiste, como se verá más adelante, en restituir a Aquiles —a petición de la madre de éste, Tetis— el reconocimiento que Agamenón, abusando de su autoridad, le negará injustamente al robarle a Briseida tras verse él mismo obligado, por indicación del oráculo, a devolver a Criseida a su padre Crises, sacerdote de Apolo, cuyo templo en la ciudad de Crise en la Tróade (Asia Menor) los griegos habían saqueado camino de Troya.

desde que se separaron y enfrentaron  
el líder Atrida<sup>4</sup> y el divino Aquiles.<sup>5</sup>

*La ofensa de Agamenón a Apolo*

¿Y cuál, entonces, de los dioses a ambos llevó a enemistarse?  
El hijo de Leto y de Zeus, pues, irritado contra el rey,  
una maligna y mortal peste suscitó en el campamento de los guerreros, 10  
porque a Crises, su sacerdote, había deshonrado  
el Atrida. Pues aquél llegó a las veloces naves de los aqueos  
con las manos llenas, dispuesto a pagar el rescate para liberar a su hija  
y llevando consigo la guirnalda de Apolo, el que hierde de lejos,<sup>6</sup>  
y su cetro de oro; e imploró así a todos los aqueos, 15  
pero sobre todo a sus dos comandantes, los Atridas:  
«Hijos de Atreo y demás aqueos de buenas grebas,  
que los dioses que moran en el Olimpo os concedan  
saquear la ciudad de Príamo y regresar a salvo a vuestras casas,  
pero a mi hija amada liberadla, os lo ruego, y aceptad que pague su rescate, 20

---

<sup>4</sup> ἄναξ ἀνδρῶν: aquél a quien corresponde el mando (de los hombres, esto es, de los guerreros) en la batalla.

<sup>5</sup> A diferencia de los demás héroes del poema, Aquiles es de ascendencia divina, pues si bien su padre, Peleo, es un mortal, su madre, Tetis, es una nereida o ninfa del mar, hija así pues de Nereo y nieta de Ponto y Gea; quiere ello decir entonces que la madre de Aquiles no es solamente diosa, sino diosa de una estirpe divina muy anterior a la de Zeus, por lo que éste no podrá evitar otorgarle lo que pide, rindiendo así honor a aquello más antiguo que él de y donde él mismo procede.

<sup>6</sup> «El que hierde de lejos» es, a lo largo del poema, el epíteto habitual de Apolo en cuanto arquero, pues un arquero siempre hierde de lejos, y por lo tanto también —cabe añadir— de manera, por lo general, imprevista. Repárese en que es así —impredecibles— como llegan asimismo las plagas; de ahí su asociación con la figura de un dios que es, por otra parte, aquel que (al igual que la luz del sol, a la que Apolo es comúnmente asociado también) pone de relieve los límites (los contornos) de cada cosa, imponiéndoselos de ser preciso, lo que hace de él el dios del conocimiento («Conócete a ti mismo», rezaba uno de sus lemas délficos), de la medida y la perfección (o plenitud) de cada cosa, y, en fin, de la tragedia, cuya temática recurrente es la ὑβρις (*hýbris*), el «exceso» o falta de medida. Que la *Iliada* gire, como hemos dicho, en torno a la injusticia o falta de medida de Agamenón, hace de ella, así pues, el origen de lo que luego se llamará la tragedia griega.

por admiración y temor hacia el hijo de Zeus, Apolo, el que hiere de lejos».7  
 Pero entonces, mientras que los demás aqueos acordaron  
 mostrar su *aidós* al sacerdote y aceptar su espléndido rescate,8  
 ello no satisfizo el ánimo de Agamenón, el hijo de Atreo,  
 quien lo alejó de mala manera y le dirigió estas contundentes palabras: 25  
 «Que no te encuentre, anciano, junto a las cóncavas naves,9  
 demorándote ahora o regresando más tarde,  
 no sea que ni el cetro ni la guirnalda del dios de protejan.

7 Lo que es de Apolo —e.g. Criseida, pero también, en definitiva (véase la nota anterior), el ser en tanto que presencia o, como dice Heráclito, «la fama imperecedera de lo mortal» (frag. 29)— no puede apropiárselo uno de mala manera, sin respetar el derecho que otros tienen a ello, tal y como hace insensatamente Agamenón al humillar nada menos que a un sacerdote de Apolo, el dios que vela por los límites de cada cosa; ni puede tomarse tampoco —lo que equivale a lo mismo— injustamente, tal y como pretenderá Agamenón más tarde, al arrebatarle Briseida a Aquiles: se merece o no por mérito propios, y, cuando se obtiene, uno debe prepararse para dejarlo marchar cuando llegue el momento de hacerlo, pues nadie puede mantenerse eternamente en el ahí de la presencia. La *Iliada* avanza así dos ideas —a saber, la correlación entre presencia y ausencia y entre ser y justicia— que reencontramos en la sentencia de Anaximandro, el primer fragmento filosófico que se nos ha conservado y, acaso también, el más antiguo; luego no sólo está en el poema la semilla de la tragedia griega, como acabamos de indicar, sino también la de la filosofía en sus comienzos.

8 *αἰδώς* es el «respeto pudoroso» debido a los dioses, que en Grecia —al igual que en toda cultura anterior o exterior al judaísmo, el cristianismo o el islam— no son seres ni personas sobrenaturales, sino que nombran de un lado el brillo, de otro la sombra, de todo cuanto es: las fuerzas eternas de la tierra, ya sea positivas (el amor, la visión clara de las cosas...) o negativas (la oscuridad, la discordia...), que hacen y deshacen mundo (el mundo, cada mundo). Afrodita, Atenea, Nyx, Eris, etc. son, en suma, los nombres otorgados a esas fuerzas eternas, los indicadores que permiten reconocerlas y que recuerdan la necesidad respetarlas, dado que los hombres, en su condición de simples mortales, no pueden en ningún caso medirse con ellas. Heráclito lo dice muy hermosamente: «Mortales inmortales, inmortales mortales, los unos viviendo la muerte de los otros, los otros muriendo la vida de los unos» (frag. 62). La palabra *αἰδώς* tiene, por lo tanto, valor ético y sagrado a la vez.

9 Las naves de los aqueos son «cóncavas» y, como se ha dicho antes, «veloces» (v. 12); el mar, «rugiente» (v. 34); los perros, «ágiles» (50); mientras que Leto es «la de hermosos cabellos» (v. 36); Apolo, tal y como hemos visto, «el que hiere de lejos»; Hera, «la de blancos brazos» (v. 55), etc. No se trata únicamente de epítetos, reiterados una y otra vez cada vez que se menciona esto o aquello. Cada cosa debe aparecer según lo que ella es, es decir, mostrando sus cualidades y su belleza característica, y debe hacerlo así cada vez que aparece; dicho de otro modo, cada cosa es invocada o convocada a hacerse presente en el poema como si cada vez que lo hace fuera la primera vez que aparece: las naves en su concavidad o bien de acuerdo con su carácter de objetos que surcan velozmente las aguas, el mar con sus rugidos similares a los de un león, la aurora con su característico color rosáceo, etc. Ese permanente venir a la presencia de las cosas, que, por otra parte, no privilegia a ninguna de ellas sobre las demás, sino que a todas deja aparecer por igual llegado su turno, hace nuevamente de la *Iliada* el antecedente de la reflexión filosófica griega desde Anaximandro hasta Parménides, pasando por Heráclito. Pretender que su estilo es, a un tiempo, monótono porque su forma poética (el hexámetro dactílico, de ritmo invariable) nivela lo dicho sobre un fondo homogéneo, y naif porque lo secundario recibe en él la misma atención que lo principal (como si tal distinción no le viniera impuesta al poema desde fuera, desde lo que nosotros percibimos como principal o secundario) equivale a no entender nada del decir que tiene lugar en eso a lo que llamamos la *Iliada*.

No pienso liberarla, sino que la vejez le sobrevendrá  
 en mi casa en Argos, lejos de su patria, 30  
 tejiendo y sirviendo mi lecho.  
 Vete, pues, y no me provoques, para que puedas tú regresar sano y salvo».  
 Así dijo, y el anciano sintió miedo y obedeció sus palabras.  
 Marchó silencioso por la orilla del rugiente mar,  
 pero cuando se hubo alejado lo bastante imploró 35  
 al poderoso Apolo, al que dio a luz Leto, la de hermosos cabellos:  
 «Óyeme, dios del arco plateado que proteges Crisa  
 y la sagrada Cila y eres el poderoso señor de Tenedos,  
 [tú que imprevisible hieres de lejos, cual hacen las plagas,]<sup>10</sup>  
 Esminteo; si alguna vez he techado tu bello templo  
 y he quemado en tu honor grasa de los muslos 40  
 de toros y cabras, cúmpleme este deseo:  
 que paguen los dánaos mis lágrimas con tus flechas».

*La venganza de Apolo*

Así dijo su plegaria, y Febo Apolo le escuchó  
 y descendió del Olimpo, airado en su corazón,  
 con el arco a hombros y la aljaba cerrada en sus dos extremos. 45  
 Las flechas resonaban sobre los hombros del dios airado  
 al ritmo de su paso, e iba semejante a la noche.  
 Entonces se sentó lejos de las naves y lanzó hacia ellas una flecha:  
 temible fue el crujido del arco de plata;  
 primero apuntó a las mulas y a los ágiles perros, 50  
 luego lanzó sus amargas flechas contra los guerreros,  
 acertándoles; y una tras otra ardían las piras de cadáveres.

*Aquiles convoca la asamblea de los aqueos*

Durante nueve días cayeron las flechas del dios sobre el campamento,  
 y al décimo Aquiles convocó la asamblea  
 —Hera, la diosa de blancos brazos, se lo inspiró así, 55  
 pues se apenaba por los dánaos al verlos morir—.  
 Y una vez que todos se hubieron reunido,

---

<sup>10</sup> Es esto, me parece, que sugiere el epíteto de Apolo en el siguiente verso: «Esminteo», que no quiere decir tanto «cazador de ratones» cuando «aquel que tiene poder sobre los ratones», ya sea — cabe inferir— para bien o para mal, o sea, para librarse de ellos o para inducirlos a aparecer, como aquí, en forma de plaga.

de entre ellos se levantó Aquiles, el de los pies ligeros, y dijo:  
 «Atrida, creo que es a la deriva  
 como vamos a volver a nuestras casas, si es que de la muerte logramos escapar, 60  
 pues se diría que la guerra y la peste juntas ganan la mano a los aqueos.  
 Pero preguntemos a algún adivino o sacerdote  
 o intérprete de sueños —que los sueños son también cosa de Zeus—  
 que pueda decirnos por qué está tan enojado Febo Apolo,  
 si es que echa en falta alguna plegaria o sacrificio 65  
 y si aceptará la grasa de carneros y cabras apropiados para ser inmolados  
 a fin de apartar de nosotros la peste».

*El augurio de Calcas*

Así dijo y se sentó, y entre ellos se levantó entonces  
 Calcas el Testórida, el mejor, con mucho, de los augures,  
 pues conocía<sup>11</sup> lo que es, lo que será y lo que ya había sido, 70  
 y que había guiado las naves de los aqueos hasta Ilión  
 gracias al arte adivinatorio que le había concedido Febo Apolo.<sup>12</sup>  
 Con buena disposición se dirigió a la asamblea y dijo:  
 «Aquiles, apreciado por Zeus, me pides que me pronuncie  
 sobre la cólera de Apolo, el que hiere de lejos. 75  
 Pues bien, hablaré. Pero tú apóyame y jura  
 que me defenderás de palabra y de obra  
 con decisión; pues creo que voy a enojar al más poderoso  
 de los argivos, y a quien los aqueos obedecen.  
 Poderoso se muestra un rey cuando se enoja con un hombre inferior en rango; 80  
 incluso si inicialmente oculta su ira, aun así  
 luego deja que crezca el rencor  
 en su pecho. Dime, entonces, si vas a protegerme».  
 Y Aquiles, el de los pies ligeros, le respondió:  
 «Ten valor y pronuncia el oráculo del que tengas conocimiento, 85  
 que yo juro por Apolo, caro a Zeus,<sup>13</sup> y a quien tú, Calcas,

<sup>11</sup> Porque podía verlo o, mejor, porque, en rigor, ya lo «había visto»: ἤδη, *éidē*.

<sup>12</sup> Que fue, es y será es lo que el frag. 30 de Heráclito afirma del «brillo» «siempre viviente» de cuanto es. Que es uno y continuo, ahora, es, a su vez, lo que el frag. 8 de Parménides afirma de eso mismo.

<sup>13</sup> Zeus es la determinación positiva de cada cosa, mientras que Apolo es, según hemos visto, su delimitación característica; ambos son, así pues, lo mismo, visto desde ángulos diferentes.

invocas cuando muestras los oráculos a los dánaos,  
 que nadie —mientras yo viva y aún pueda ver sobre esta tierra—  
 pondrá, de entre quienes acampan entre estas cóncavas naves, sus manos sobre ti,  
 esto es, ninguno de los dánaos lo hará aunque menciones a Agamenón, 90  
 que se jacta de ser, hoy y aquí, el mejor de los aqueos.»  
 El augur cobró ánimo entonces y dijo:  
 «No es porque eche en falta plegaria ni sacrificio algunos,  
 sino por el sacerdote a quien Agamenón ha ofendido  
 no liberando a su hija ni aceptando su rescate, 95  
 por lo que el dios que hiere de lejos ha provocado y seguirá provocando estragos.  
 Y no apartará de los dánaos esta horrible peste  
 hasta que sea devuelta a su amado padre la muchacha de ojos vivaces  
 sin pago de rescate alguno, y hasta que se ofrezca un sacrificio  
 a la ciudad de Crisa. Sólo así podremos quizá aplacarlo y persuadirlo». 100

*Aquiles y Agamenón se enfrentan*

Después de hablar de este modo se sentó, y de entre ellos se levantó  
 el belicoso hijo de Atreo, Agamenón, cuya autoridad era enorme;  
 lo hizo muy disgustado y lleno de furia en su negras entrañas,  
 y sus ojos eran como fuego.<sup>14</sup>  
 Comenzó por mirar de mala manera a Calcas y dijo: 105  
 «¡Adivino de males! Jamás me has dicho nada complaciente;  
 siempre gustas, en tu fuero interno, de vaticinar calamidades;  
 nunca nada bueno predices ni realizas.  
 Y ahora, entre los dánaos, proclamas  
 que es por eso por lo que el dios que hiere de lejos les causa dolores, 110  
 porque no acepto el espléndido rescate  
 de la joven Criseida, sino que quiero tenerla  
 en mi casa, pues la prefiero, en efecto, a Clitemnestra,  
 mi legítima compañera de lecho, ya que no es inferior a ella  
 ni en figura ni estatura, pensamiento o destreza. 115  
 Pero sea, la devolveré si es mejor así,  
 pues no quiero que los hombres perezcan, sino que permanezcan sanos y con vida.  
 Preparadme, eso sí, otro botín, pues no voy a ser yo el único  
 de los argivos sin recompensa, porque eso no sería adecuado.

<sup>14</sup> Pese a su inteligencia, que le permite siempre ver con claridad las cosas, Aquiles no anticipa la más que probable reacción hostil de Agamenón; hay, pues, una cierta falta de sensibilidad en él, proporcional a su frontalidad.



¡Pues ved que mi botín se me arrebató!» 120  
 Le respondió el divino Aquiles, de pies ligeros:  
 «Muy glorioso hijo de Atreo, ¡de todos el más codicioso!  
 ¿Cómo van a darte un nuevo botín los generosos aqueos?  
 No atesoramos ya nada en común,  
 pues lo que obtuvimos del saqueo de ciudades ha sido repartido, 125  
 y no vamos a reunirlo y juntarlo de nuevo.  
 Devuelve tú la muchacha al dios y los aqueos  
 te daremos el triple o el cuádruple si Zeus quiere  
 concedernos saquear Troya, la de buenas murallas».  
 A lo cual replicó Agamenón: 130  
 «No pretendas, Aquiles, por muy divino que seas,  
 engañarme; no vas a convencerme.  
 ¿Acaso pretendes conservar tú tu botín mientras que yo  
 me quedo sentado sin nada y tú me ordenas devolver el mío?  
 Sólo lo haré si los generosos aqueos me dan una nueva recompensa 135  
 que yo escoja y que sea equivalente;  
 De lo contrario, yo mismo tomaré  
 tu parte, o la de Áyax, o la de Odiseo  
 y la haré mía; y ello irritará al de vosotros que se vea así despojado.  
 Pero de esto nos ocuparemos luego. 140  
 Ahora botemos una negra nave al reluciente mar,  
 reunamos remeros para ella y embarquemos en ella lo apropiado para un sacrificio,  
 así como a la propia Criseida, de hermosas mejillas;  
 que comande dicha nave uno de los miembros del consejo:  
 Áyax, Idomeneo o el divino Odiseo,<sup>15</sup> 145  
 o tú mismo, Pélida, el más temido de entre nosotros,  
 para que nos ganes el favor del dios que hiere de lejos con sacrificios».  
 Entonces Aquiles, el de los pies ligeros, levantando la vista hacia él le respondió:  
 «¡Sinvergüenza! ¡Codicioso!  
 ¿Cómo va a obedecerte de buena gana ningún aqueo, 150  
 ya sea en una expedición o para luchar resueltamente?  
 No ha sido a causa de los lanceros troyanos  
 por lo que yo he acudido a luchar aquí, pues nada malo me han hecho;  
 no han robado mi ganado ni mis caballos,

---

<sup>15</sup> Odiseo (Ulises) es un personaje de orígenes oscuros, sobre el que diferentes tradiciones —según revelan los estudios más recientes— barajan diferentes genealogías, incluida una que liga su nacimiento a una lluvia enviada por Zeus sobre su ciudad natal. Es llamado divino aquí, probablemente, porque lo extraño, de algún modo, siempre lo es.

ni de la fértil Ftía, nodriza de héroes, 155  
han destruido la cosecha, pues separan su tierra de la mía  
las umbrías montañas y el rugiente mar.  
Es a ti, ¡sinvergüenza!, a quien todos hemos seguido para complacerte  
y honraros a Menelao y a ti, cara de perro,  
a expensas de los troyanos. ¡Actúas como si lo ignorases o no te importase! 160  
¡Y además me amenazas con tomar tú mismo mi parte del botín,  
por la que mucho me esforcé y que me otorgaron los aqueos!  
Nunca es mi parte del botín igual a la tuya cuando los aqueos  
dan en saquear una ciudad troyana,  
aunque sean mis manos las que la mayor parte de la tumultuosa batalla 165  
soportan: cuando llega la hora del reparto  
tu parte es siempre mayor, mientras que menor aunque muy apreciada es la  
que yo llevo a mis naves pese a haberme esforzado como ninguno en el  
[ combate.<sup>16</sup>  
Me marchó, pues, a Ftía, porque es ciertamente mejor  
regresar a casa en las cóncavas naves 170  
que ofrecerte riquezas y ganancias al precio de mi propia honra».  
A lo cual respondió Agamenón, líder de numerosos guerreros:  
«¡Vete pues, si ese es tu impulso; no voy  
a rogarte que te quedes por mí! Otros hay aquí conmigo  
que me honrarán, y sobre todo está conmigo el muy sabio Zeus. 175  
De todos los reyes criados por Zeus, eres para mí el más odioso,  
pues eres amigo de disputas, luchas y enfrentamientos.  
Si muy grande es tu fuerza, es sólo porque un dios te la ha dado.  
¡Vete a tu casa con tus naves y compañeros  
y reina sobre los mirmidones, pues nada me importas, 180  
ni tampoco tu ira! ¡Pero voy a amenazarte así!  
del mismo modo en que Febo Apolo me quita a Criseida  
y voy a devolverla a su padre con mis propias naves y compañeros,  
quizá tome a Briseida, la de hermosas mejillas,  
es decir, tu parte del botín, para que entiendas 185  
cuán más poderoso soy que tú, y para que nadie

---

<sup>16</sup> El objeto de la lucha —una vez transformada en pauta educativa— no es, con todo, la obtención del botín: se lucha por la excelencia, no sólo física, sino también y sobre todo moral, o lo que es lo mismo, para ser recordado y así pervivir en la memoria de los vivos como el mejor. «Una sola cosa buscan los mejores: la fama imperecedera de lo mortal, mientras que la multitud está saciada, como ganado», dice Heráclito (en el frag. 29, cuyo segmento intermedio ya hemos mencionado). Véase asimismo el pasaje del Canto XII citado en el Prólogo.

ose proclamarse mi igual ni compararse conmigo».

*La aparición de Atenea*

Así dijo, y la aflicción invadió al hijo de Peleo, y su corazón se debatía en su velludo pecho entre dos opciones:  
 desenvainar la afilada espada que le pendía del muslo, 190  
 levantarse y descargarla sobre el Atrida,  
 o apaciguar su rabia y contener su animo.  
 Y mientras su mente y su pecho vacilaban así,  
 y desenvainaba la temible espada, Atenea llegó hasta él  
 desde el imperturbable cielo; la enviaba Hera, la diosa de blancos brazos, 195  
 que a ambos apreciaba y por ambos se preocupaba por igual.  
 Atenea se situó tras el Pélida y le tomó por la rubia cabellera,  
 apareciéndosele únicamente a él, pues nadie más la vio.  
 Aquiles, admirado, se giró y reconoció  
 a Palas Atenea, cuyos dos ojos refulgían, 200  
 y le dirigió estas aladas palabras:  
 «¿Por qué te apareces así, hija de Zeus, portadora de la Égida?  
 ¿Vienes a ser testigo de la insolencia de Agamenón?  
 Pues te diré algo que espero se cumpla:  
 por su extrema arrogancia va a perder muy pronto la vida». 205  
 Pero Atenea, la diosa de ojos brillantes, le respondió:  
 «Vengo a ti para apaciguar tu ira, si me obedeces;  
 Hera, la diosa de blancos brazos, me envía,  
 pues a ambos os aprecia y de ambos se preocupa por igual.  
 ¡Vamos, cesa en tu enojo y no desenvaines la espada! 210  
 Provócale de palabra y anúnciale lo que sucederá;  
 pues yo te diré algo que se cumplirá:  
 un día será él quien te ofrecerá el triple de regalos, todos ellos espléndidos,  
 a causa de su arrogancia. ¡Pero tú contente 215  
 y hazme caso!». Aquiles, el de los pies ligeros, le dijo entonces:  
 «Debe uno siempre, diosa, atender a vuestras palabras —tuyas y de Hera—,  
 no importa lo enojado que esté, pues es mejor así,  
 porque a quien les obedece, los dioses le escuchan a su vez».  
 Esto dijo, y tomó acto seguido la empuñadura plateada de su temible espada  
 y volvió a envainarla, obedeciendo así 220  
 las palabras de Atenea, que regresó al Olimpo,

a la morada de Zeus, portador de la Égida, junto a los demás dioses.<sup>17</sup>

*El juramento de Aquiles*

El hijo de Peleo dirigió de nuevo violentas palabras  
al Atrida, y no se moderó en su hablar:  
«¡Ebrio! ¡Tienes cara de perro pero el corazón de un ciervo!<sup>18</sup> 225  
Pues nunca has tenido valor para armarte para el combate junto a los demás  
[ guerreros,  
ni para tender una emboscada junto a los jefes de los aqueos,  
porque temes que se te aparezca la diosa de la muerte.<sup>19</sup>  
Es mucho más fácil, en el campamento,  
robar su recompensa a quien te contraría. 230  
¡Rey injusto, que reinas sobre hombres que nada son,  
pues de lo contrario ésta habría sido tu última afrenta!  
Pero voy a decirte algo y a prestar juramento:  
*Por este cetro al que ya no le brotarán hojas ni ramas,*  
*pues ha sido separado de su tocón en el monte,* 235  
*y que ya nunca volverá a verdear, pues el bronce ha removido*  
*sus hojas y su corteza, pero que ahora sostienen en sus manos*  
*los aqueos a la hora de tomar decisiones<sup>20</sup> y de velar así por las leyes*  
*de Zeus —¡escucha bien, pues éste juramento te concierne y mucho!—:*  
*llegará el día en que los aqueos echen en falta a Aquiles,* 240  
*todos ellos; y tú no podrás ayudarles, por más que ello te apene,*  
*cuando mueran a manos de Héctor, asesino de hombres;*  
*entonces se te desgarrará el ánimo*

<sup>17</sup> Los dioses homéricos están presentes en toda acción decisiva como su verdadera causa, siendo ellos, a un tiempo, los «lejanos bienaventurados» y los «siempre cercanos» (Otto, *Teofanía*, 51), pues «así como las Musas [...] no enseñan, sino que allí donde se cante y se hable son ellas mismas las que cantan [...] así también en el reino de la acción, los dioses no sólo son quienes otorgan la decisión, sino que ellos mismos son los actuantes» (ibid., 53), permitiéndole a los mortales experimentar así lo «eterno» en el «presente» (ibid., 84), esto es, aquí y ahora. En este caso, es Atenea —esto es, la visión clara de las cosas: la misma que le permitirá vencer a Héctor en el combate cuerpo a cuerpo narrado en el Canto XXII— la que persuade a Aquiles de volver a envainar su espada.

<sup>18</sup> Es decir, faz rabiosa pero un corazón cobarde.

<sup>19</sup> Justamente ésa es la cuestión —y la razón de la codicia de Agamenón— su temor a morir. Aparte: «diosa de la muerte» figura aquí en singular, mientras que figura en plural en 2.226 (tal y como veíamos en el Prólogo); la diferencia no es demasiado relevante: lo divino, luminoso o ctónico, olímpico o preolímpico, presenta numerosas caras, pero éstas remiten siempre a ello.

<sup>20</sup> En el marco de su(s) asamblea(s), se entiende.

*y lamentarás no haber honrado al mejor de los aqueos».*<sup>21</sup>

*El discurso de Néstor*

Así habló el hijo de Peleo, y arrojó al suelo el cetro 245  
 tachonado con clavos de oro, y se sentó.  
 El Atrida, por su parte, estaba furioso. Entonces se levantó Néstor,  
 de meliflua voz y portavoz de los pilios,  
 y de cuyos labios manaban siempre palabras aún más dulces que la miel;  
 a dos generaciones había visto ya nacer y morir a lo largo de su vida, 250  
 a dos generaciones de mortales que se habían criado con él y nacido  
 en la muy sagrada Pilos, donde era ahora rey.  
 Con buena disposición se dirigió a la asamblea y dijo:  
 «¡Ay! ¡Una gran pena se cierne sobre el mundo aqueo!  
 ¡Felices estarían Príamo y sus hijos, 255  
 así como los demás troyanos,  
 de veros reñir así,  
 vosotros dos que sois, el uno, el líder del consejo de los dánaos, y, el otro, el líder  
 [ de su ejército.  
 ¡Oídme, pues ambos sois más jóvenes que yo!  
 A hombres aún más belicosos que vosotros 260  
 he tratado, y nunca me despreciaron;  
 pues no creo que haya visto ni que vaya a ver a hombres como  
 Períto o Driante —pastor de gentes—,  
 Ceneo, Exadio o Polifemo —semejante a un dios—,  
 o Teseo el Egeida —similar a los inmortales—. 265  
 Los más fuertes de entre todos los hijos de la tierra fueron ellos,

---

<sup>21</sup> Como dice Felipe Martínez Marzoa, «Aquiles es [...] el personaje marcado específicamente por la inminencia de la muerte; es también alguien que, por su genealogía, conecta con algo distinto del reino de Zeus, por lo tanto con algo distinto de la presencia. [...] [Por ello] Aquiles no puede, frente a Agamenón, erigirse en instancia positiva, no puede ser él la presencia. [...] [L]a aparición de la diosa [...] inhibe cualquier posible pretensión de [Aquiles] de ponerse como presencia frente a Agamenón; la espada vuelve a su lugar y Aquiles ni siquiera impedirá que Agamenón le quite su parte; Aquiles responderá con lo que es suyo: la ausencia. [...] [Así las cosas,] [q]ue la ausencia sea, sin embargo, presencia, que Aquiles [...] tenga un reconocimiento, eso será lo más difícil, pues ¿cómo puede comparecer el substraerse mismo?» (*El decir griego*, 35, 37). En el Canto IX, Agamenón tratará en vano de hacer regresar a Aquiles al combate; pero éste sólo decidirá tomar nuevamente las armas en el Canto XVIII, tras la muerte Patroclo, a quien Héctor da muerte cuando aquél luce la armadura de Aquiles, creyendo, así pues, que es a éste a quien mata. Aquiles regresa, por tanto, cuando otra presencia, esta vez la de Héctor, se vuelve excesiva y acarrea el mayor de los dolores para él: la muerte de su compañero, cuyo nombre significa la «gloria paterna», es decir, la nobleza de la casa en la que se ha nacido); y lo hace para morir.

los más fuertes, y contra los más fuertes combatieron:  
 los centauros, a los que aniquilaron.  
 Ellos fueron mis compañeros cuando llegué a ellos  
 desde la lejana Pilos; ellos me convocaron 270  
 y yo luche junto a ellos. Ninguno de los mortales que viven ahora en la tierra  
 se habría atrevido a luchar contra ellos.  
 Reparad en que ellos escuchaban mis consejos y hacían caso de mis palabras.  
 Pues bien, también vosotros debéis hacerme caso, porque será mejor así:  
 no le quites tú [a Aquiles], por muy poderoso que seas, la muchacha 275  
 y déjasela, pues se le han dado los aqueos;  
 ni tú, Pélida, pretendas reñir  
 de igual a igual, pues no es un honor menor  
 ser el rey que detenta el mando por voluntad de Zeus.  
 Si tú eres más fuerte y una diosa te ha alumbrado, 280  
 él es más poderoso que tú, ya que reina sobre más hombres.  
 ¡Aplaca, pues, tu furia, Atrida! Te pido,  
 en efecto, que calmes tu ira contra Aquiles, a quienes lo aqueos  
 tienen por su mayor bastión en el odioso combate».

*Aquiles se retira*

Agamenón le respondió así: 285  
 «Tienes razón, anciano, en cuanto dices...  
 pero éste hombre quiere sobresalir por encima de los demás,  
 a todos quiere dominar y sobre todos quiere reinar  
 y mandar; pues bien, ¡hay quien no le va a obedecer!  
 ¿O es que el que los dioses eternos hayan hecho de él un excelente lancero 290  
 le autoriza acaso a proferir injurias?».  
 Pero el divino Aquiles le interrumpió:  
 «Con razón podría acusárseme de ser cobarde e incluso de no ser nada  
 si cediera a tus caprichos.  
 ¡Manda a otros, pero no me des órdenes a mí, 295  
 pues soy yo quien no piensa obedecerte!  
 Y te diré aún más —y guárdalo bien en tu pecho—:  
 no voy a litigar contigo por la muchacha,  
 ni contigo ni con ninguno de vosotros, pues me quitáis lo que me disteis;  
 pero de todo lo demás que poseo en mi rauda y negra nave 300  
 nada podrás tomar ni llevarte contra mi voluntad;  
 inténtalo y deja que estos vean qué ocurre entonces:

tu oscura sangre manará de mi lanza».

*Preparativos para la devolución de Criseida*

Tras reñir así, ambos se levantaron  
y se disolvió la asamblea de los aqueos junto a las naves. 305

Aquiles se encaminó a sus tiendas y sus bien equilibradas naves  
junto con el hijo de Menecio<sup>22</sup> y sus compañeros,  
mientras que Agamenón botó una veloz nave al mar,  
escogió para ella veinte remeros, subió a bordo de la misma lo necesario para  
[ ofrecer un sacrificio a Apolo  
y embarcó asimismo en ella a Criseida, la de hermosas mejillas. 310

Tomó el mando de la nave el sagaz Odiseo,  
y una vez estuvo todo dispuesto, la nave surcó las aguas.  
Entre tanto, en tierra, el Atrida ordenó a los hombres lavarse y  
[ purificarse;  
lo hicieron arrojando luego al mar el agua sucia;  
y a continuación ofrecieron sacrificios a Apolo 315  
a orillas del mar —toros y cabras,  
cuya grasa ascendió al cielo entre el humo.

*Agamenón roba a Briseida*

De esto se ocupaban en el campamento; pero Agamenón  
no había olvidado su amenaza contra Aquiles,  
y llamó, por tanto, a Taltibio y Euribates, 320  
que eran sus heraldos y diligentes servidores:

«Id —les dijo— a la tienda de Aquiles, hijo de Peleo,  
tomad a Briseida, la de hermosas mejillas, y traédmela.  
Y si él se niega a entregáosla, decidle que iré yo mismo por ella  
con más hombres, lo que será peor para él». 325

Así habló, y los envió por la joven.  
Fueron los dos de mala gana por la orilla del inhóspito mar  
hasta las tiendas y las naves de los mirmidones,  
y encontraron a Aquiles junto a su tienda y su negra nave,  
sentado. Y él no se alegró de verles. 330

Temerosos del rey [que tenían delante]  
permanecieron en silencio frente a él, sin decir ni pedir nada;

---

<sup>22</sup> Es decir, junto con Patroclo.

pero él pudo leer en sus corazones y les dijo:  
 «¡Salud, emisarios de Zeus y de los hombres!  
 Acercaos. No sois vosotros culpables de nada a mis ojos, sino Agamenón, 335  
 que os ha mandado en busca de la joven Briseida.  
 ¡Vamos Patroclo, del linaje de Zeus,<sup>23</sup> trae a la muchacha  
 y entrégasela! ¡Que sean ambos testigos  
 ante los felices dioses y los mortales,  
 así como ante el propio y miserable Agamenón, 340  
 [de que yo mismo la entrego,] por si se le ocurriera pedirme ayuda para  
 proteger a los aqueos; pues en su furia y su ceguera  
 no sabrá [durante el combate] cuidarse al mismo tiempo de la vanguardia y la  
 [retaguardia,  
 y pondrá en riesgo las vidas de los aqueos junto a las naves!».  
 Así dijo, y Patroclo obedeció a su muy querido compañero 345  
 y sacó de la tienda a Briseida, la de hermosas mejillas,  
 y se la entregó [a los emisarios de Agamenón], quienes regresaron a las naves de  
 [ los aqueos  
 acompañados de mala gana por la mujer. Aquiles  
 se apartó de sus compañeros y se sentó a orillas del grisáceo mar  
 y, mirando a la lejana profundidad de éste, rompió a llorar. 350

*Aquiles suplica a Tetis*

Imploró a su muy amada madre con los brazos extendidos:  
 «Madre, puesto que tú me has dado a luz, aunque sea para una vida efímera,  
 debería haberme honrado a mí el olímpico  
 Zeus, señor del trueno,  
 mas no lo ha hecho, pues el rey Atrida 355  
 me ha deshonrado llevándose y quedándose con mi recompensa».  
 Así habló Aquiles, vertiendo lágrimas, y su madre sublime le oyó  
 y, desde las profundidades del mar —su padre—,

<sup>23</sup> Es decir, «noble», «excelente». «Una —escribe Píndaro— es la raza de hombres y dioses, pues /de una sola madre proviene nuestro aliento. / Mas ¡ay!, nuestro diferente poder nos distingue: / nada somos nosotros, mientras que el bronceo cielo permanece eternamente en su sitio, / resguardado. Y, sin embargo, en algo nos acercamos a los inmortales: / en nuestra grandeza de pensamiento y nuestro brillar; / aunque ignoremos, de día y de noche, cuál es nuestra suerte, / hacia qué meta nos impele ella a correr» (*Nemea* 6.1-4). Y en otro lugar: «¡Sujetos al albur del día! ¿Qué es uno? ¿Qué no es? El sueño de una sombra / es el hombre. Pero cuando el esplendor de Zeus le alcanza, / resplandece brillante su luz y dulce se torna su tiempo vital» (*Pítica* 8.95-97) (mi traducción, en ambos casos). Véase también la referencia a Zeus en tanto que «padre de los hombres y de los dioses» más adelante (v. 544).



ascendió rauda a través del grisáceo mar  
 y se sentó frente a su hijo, que continuaba llorando; 360  
 le acarició con la mano, le llamó por su nombre y le dijo:  
 «Hijo, ¿por qué lloras?, ¿qué pena te aflige?  
 Habla, no la ocultes en tu pecho, para que ambos  
 la sepamos». Aquiles, de pies ligeros, le dijo entonces entre sollozos:  
 «Ya lo sabes. ¿Por qué contarte lo que ya conoces? 365  
 Fuimos a Teba, la ciudad sagrada de Eetión,  
 y la saqueamos y nos llevamos el botín;  
 los aqueos lo repartieron con equidad,  
 y escogieron a Criseida, la de hermosas mejillas, para el Atrida;  
 pero Crises, sacerdote de Apolo, el que hiere de lejos, 370  
 vino a las veloces naves de los aqueos de bronceíneas armaduras  
 para liberar a su hija, ofreciéndoles un espléndido rescate  
 y luciendo la guirnalda de Apolo, el que hiere de lejos,  
 y su cetro dorado; y suplicó [por la libertad de su hija] a los aqueos,  
 pero sobre todo a los dos Atridas, líderes del ejército. 375  
 Los demás aqueos aceptaron,  
 por respeto al sacerdote, el espléndido rescate,  
 pero ello no satisfizo a Agamenón, el hijo de Atreo,  
 quien mandó al anciano alejarse de mala manera y le ordenó [que no se demorase  
 [ ni regresará por su hija].  
 Así que el anciano se marchó afligido, 380  
 y Apolo escuchó sus ruegos, pues el anciano le es muy querido,  
 y envió sus flechas contra los argivos, y los hombres  
 comenzaron a morir rápidamente, al ritmo en que las flechas del dios  
 cruzaban el campamento de los aqueos en todas direcciones. Y el adivino,  
 con su conocimiento, pronunció el oráculo de Apolo, el que hiere de lejos; 385  
 y yo pedí entonces, adelantándome a todos, que se aplacara al dios;  
 la ira invadió al Atrida, que se levantó  
 y profirió [contra mí] la amenaza que ya se ha cumplido,  
 pues mientras los aqueos de ojos vivaces en una nave  
 llevaban a la joven de vuelta con su padre, junto con regalos para el dios, 390  
 los emisarios [de Agamenón] acaban de llevarse consigo a la otra muchacha  
 de mi tienda, esto es, a Briseida, a quien los aqueos  
 me dieron [como mi parte del botín]. ¡Ayúdame tú si puedes!  
 ¡Ve al Olimpo y suplica a Zeus,  
 si es que alguna vez le has sido grata de palabra u obra! 395  
 Pues muchas veces te he oído en el palacio de mi padre

decir, orgullosa, que únicamente tú, de entre los inmortales,  
 evitaste la ruina del hijo de Cronos, señor de las oscuras nubes,  
 cuando otros dioses olímpicos,  
 Hera, Poseidón, e incluso Palas Atenea, querían atarlo; 400  
 pues tú, diosa, fuiste y le liberaste de sus ataduras,  
 y llamaste para que acudiera rápidamente al elevado Olimpo  
 a un gigante hecatónquiro, a quienes los dioses llaman Briáreo y los hombres  
 Egeón porque es aún más fuerte que su padre [Urano];  
 y éste se sentó junto al Crónida, exultante de gloria, 405  
 y los felices dioses sintieron miedo de él y desistieron de atar a Zeus.  
 ¡Recuérdale esto, siéntate a su lado y abrázale las rodillas  
 para ver si favorece a los troyanos [en el combate] y  
 a los aqueos los acorrala junto al mar y la popa de las naves  
 y les da muerte para que disfruten de su rey 410  
 y el Atrida de vastos dominios se dé cuenta  
 de su error por no honrar al mejor de los aqueos!».
 Y Tetis le respondió entre lágrimas:  
 «¡Ay, te he criado tras haberte dado a luz en hora aciaga!  
 ¡Deberías haberte quedado sentado junto a las naves, sin dejarte llevar por la pena  
 [ ni derramar lágrimas, 415  
 pues tu tiempo vital es escaso y no se alargará ya mucho!  
 ¡Estás destinado a una muerte pronta y a sufrir una pena mayor que la de nadie,  
 pues fue un cruel destino el que te dio a luz en nuestro palacio!  
 Voy a transmitirle tu mensaje a Zeus, que se deleita con el rayo;  
 yo misma iré al nevado Olimpo, para ver si le persuado. 420  
 Tú quédate aquí, junto a las veloces naves, y persevera en  
 tu ira contra los aqueos y no intervengas en el combate,  
 pues Zeus fue ayer al Océano a reunirse con los nobles etíopes  
 para un banquete, y todos los dioses le siguieron,  
 pero al duodécimo día regresará al Olimpo 425  
 y entonces iré a la casa de Zeus y atravesaré su bronceo umbral  
 y me abrazaré a sus rodillas y le suplicaré; y creo que le convenceré».
 Y tras hablar así se fue y le dejó dolido  
 en su fuero interno por una mujer de bella figura que le habían quitado  
 por la fuerza y contra su voluntad. 430

*Crises recupera a su hija y Apolo es aplacado*

Entre tanto, Odiseo llevó a Crisa el sacrificio [para Apolo].

Cuando alcanzaron el amplio puerto arriaron la vela  
y la depositaron en la cubierta de la gran nave,  
y rápidamente abatieron y ataron el mástil  
y remaron hasta el fondadero; 435  
una vez en él, echaron las anclas de piedra, ataron las amarras  
y saltaron a tierra a la altura del rompeolas;  
llevaban consigo el sacrificio para Apolo, el que hierde de lejos,  
y Criseida descendió también de la rauda nave,  
y el audaz Odiseo la condujo hasta el altar 440  
y la depositó en brazos de su padre diciéndole:  
«¡Crises! Agamenón, líder de numerosos guerreros, me envía para entregarte  
a tu hija y ofrecer a Febo un sacrificio  
de parte de los dánaos, para así ganarnos el favor del dios,  
Que ha castigado a los argivos con una terrible peste». 445  
Y, tras hablar así, depositó a la muchacha en sus brazos, y él, con gran alegría,  
tomó a su hija; y de inmediato prepararon el sacrificio;  
situados alrededor del altar  
lavaron sus manos y tomaron en ellas los granos de cebada;  
Crises extendió sus brazos y rezó así: 450  
«¡Óyeme, dios del arco plateado que proteges Crisa  
y la sagrada Cila y eres el poderoso señor de Ténédos!  
¡Igual que antes escuchaste mi plegaria  
y me honraste castigando severamente a los aqueos,  
cúmpleme ahora este otro deseo: 455  
aparta de los dánaos la mortal peste!».  
Así dijo, y Febo Apolo le escuchó.  
Después de rezar espolvorearon los granos de cebada,  
degollaron a los animales inclinando hacia atrás sus cabezas y los desollaron;  
Luego despiezaron los muslos y los cubrieron 460  
con abundante grasa y dispusieron sobre ellos carne cruda;  
el anciano los quemó sobre maderos de leña y vertió vino rojo sobre ellos;  
tras él varios jóvenes sostenían brochetas de cinco puntas,  
y, cuando los muslos se hubieron consumido,  
tras probar las entrañas, cortaron las demás partes 465  
y, ensartándolas en las brochetas, las asaron cuidadosamente.  
Y, cuando terminaron los preparativos y la comida estuvo lista,  
todos celebraron el banquete y a nadie faltó su porción.  
Comieron y bebieron todos y, a continuación,  
los muchachos rellenaron las cráteras 470

y se las ofrecieron a los asistentes tras ofrendar [al dios] las primicias.  
Pasaron así todo el día a fin de aplacar a Apolo,  
cantando, danzando y dedicándole un bello peán;  
honraron, pues, al dios que hiere de lejos, y el corazón de éste se alegró.  
Y cuando el sol se puso y se hizo oscuro 475  
se tumbaron a descansar junto a las amarras de la nave.  
Y en cuanto la hija de la mañana, la aurora de dedos rosados, se hizo visible,  
reemprendieron rumbo al campamento de los aqueos.  
Y Apolo, que obra de lejos, les envió un viento favorable.  
Hizaron el mástil y desplegaron la vela, 480  
que el viento hinchó,  
y las olas sonaban contra la quilla a medida que la nave avanzaba  
surcando ola tras ola para alcanzar su destino.  
Y, una vez llegados al campamento aqueo,  
remolcaron la nave hasta la orilla, 485  
la vararon en la arena, la calzaron con grandes escoras  
y se dispersaron por entre las tiendas y las demás naves.

*Tetis intercede por su hijo ante Zeus*

Pero el divino Aquiles de pies ligeros, hijo de Peleo,  
permanecía sentado junto a su veloz nave, ofendido,  
y no acudía a la asamblea ni al combate, 490  
que otorga fama a los hombres, sino que veía como su corazón se consumía  
inmóvil, añorando el griterío del combate.<sup>24</sup>  
Transcurrieron así varios días y, cuando del duodécimo apuntó la aurora,  
los dioses eternos regresaron juntos al Olimpo,  
liderados por Zeus. Tetis, que no había olvidado el encargo 495  
de su hijo, emergió entre las olas del mar  
y ascendió muy temprano al celeste Olimpo,  
y allí encontró al hijo de Cronos sentado lejos de los demás dioses,  
en la cima más elevada del abrupto monte.  
Se sentó junto a él y le abrazó las rodillas 500  
con el brazo izquierdo y con la mano derecha le acarició la barba

---

<sup>24</sup> Aquiles no puede participar en el combate, pero tampoco puede regresar sin más a Ftía junto su padre, la defensa de cuyo honor es el principal motivo que lo asiste para estar donde está: frente a las murallas de Troya.

mientras le suplicaba:<sup>25</sup>

«Padre Zeus, si alguna vez, de entre los inmortales, te he ayudado  
de palabra u obra, cúpleme este deseo:  
mi hijo está destinado a una muerte singularmente pronta, 505  
y sin embargo el arrogante Agamenón, líder de numerosos guerreros, le ha  
[ deshonrado,  
pues le ha quitado y retiene consigo su parte del botín.  
¡Honra a mi hijo, sabio Zeus olímpico,  
y da ventaja a los troyanos en el combate hasta que los aqueos  
reconozcan a mi hijo; y haz que su recompensa sea cuantiosa!». 510  
Así dijo, pero Zeus, el que acumula las nubes, guardó silencio  
y permaneció sentado durante largo rato. Tetis, que seguía abrazada  
a sus rodillas, aferrándose a ellas le pidió por segunda vez:  
«Prométemelo y asiente, o bien dime que no  
—pues nada te causa temor a ti— para así saber que 515  
soy, de entre los dioses, la menos reconocida».  
Zeus, que acumula las nubes, le respondió disgustado:  
«Nada bueno me pides, pues me llevarás a enemistarme  
con Hera, que me insultará y hará que me enoje;  
pues siempre me recrimina ante los dioses inmortales 520  
y dice que ayudo a los troyanos en el combate.  
¡Pero sea, vete, no vaya Hera a notar algo,  
y yo me ocuparé de que se cumpla lo que me pides!  
Ve que asiento a ello con la cabeza, para que no te quepa duda,  
pues ése es mi gesto más incontrovertible entre los inmortales, 525  
ya que es irrevocable y plenamente veraz  
y nunca queda sin cumplir aquello a lo que asiento».  
Así habló el Crónida, que asintió con su frente,  
y cuyos rizos ondearon sobre  
su inmortal cabeza, provocando que el gran Olimpo temblara. 530  
Y tras conversar así se separaron:  
ella se sumergió en la profundidad del mar descendiendo hasta él desde el Olimpo,  
y Zeus fue a su casa.

---

<sup>25</sup> La representación antropomórfica de los dioses no refleja una creencia, sino que es un elegante recurso literario —puramente fantástico— para poder introducirlos en la trama a título de coprotagonistas junto con los hombres. Aquí la relación paterno-filial de Tetis, y luego la disputa marital de Hera y Zeus, ejemplifican ese recurso conforme a los estándares patriarcales de la sociedad griega arcaica; pero sería un error ver en ello la fuente de la mitología homérica, así como lo sería ver en el antropomorfismo la verdad de la concepción griega de los dioses.

*Hera y Zeus discuten*

Los dioses se levantaron al mismo tiempo  
al ver a Zeus, su padre —ninguno  
se quedó atrás, sino que todos se incorporaron ante él—. 535  
Y él se sentó en su trono. Pero Hera  
se dio cuenta de que algo había tramado con  
Tetis, la de pies plateados, hija del Viejo del Mar,  
y se dirigió a Zeus con acres palabras:  
«¿Qué deidad ha urdido algo contigo, tramposo? 540  
¡Siempre gustas de tomar decisiones a mis espaldas  
y de hacer promesas en secreto, y jamás  
te sinceras conmigo ni al verme me dices lo que tramas!».  
El padre de los hombres y de los dioses le respondió:  
«¡No pretendas, Hera, conocer todo cuanto pienso! 545  
¡No podrás, aun siendo mi esposa!  
Lo que debas oír, nadie antes que tú  
—dios u hombre— lo sabrá.  
Pero lo que yo decida al margen de los demás dioses,  
¡sobre ello no inquietas ni me preguntes!» 550  
Hera, la de ojos grandes como los de una vaca, le contestó:  
«Terrible Crónida, ¿qué es lo que dices?  
Nunca te he preguntado nada,  
sino que tú siempre decides todo tranquilamente por tu cuenta.  
Pero ahora mi corazón teme que pueda persuadirte 555  
Tetis, la de pies plateados, hija del Viejo del Mar,  
con sus súplicas, pues muy temprano esta mañana se sentó junto a ti y se abrazó a  
[ tus rodillas;  
y me ha parecido que has asentido con la cabeza a su petición  
de que honres a Aquiles y causes la muerte a muchos aqueos junto a sus naves». <sup>26</sup>  
Zeus, el que acumula las nubes, le dijo entonces: 560  
«¡Siempre sospechas de todo y no logro evitarte!  
Pero así no lograrás sino que te aparte más de mí,  
y eso no te gustará.  
Si es como dices, es porque me place así.

---

<sup>26</sup> Nada, salvo aquello que Zeus se reserva para sí, puede pasarle desapercibido a la hermana y esposa de éste. Por otra parte, Hera y Atenea apoyan a los griegos en la contienda porque Paris, el joven príncipe troyano, las ofendió prefiriendo a Afrodita, quien a su vez le recompensó entregándole a Helena, reina de Esparta y esposa de Menelao que huyó con Paris clandestinamente a Troya.

De modo que calla, siéntate y obedéceme, 565  
 porque ni todos los dioses del Olimpo podrán socorrerte  
 si te pongo encima mi temible mano».
   
Así dijo, y la señora Hera, de grandes ojos, tuvo miedo,  
 y se sentó en silencio, acallando su corazón.

*Palabras finales de Hefesto*

En el palacio de Zeus los dioses se preocuparon, 570  
 y entre ellos Hefesto, famoso por sus arte, fue el primero en hablar  
 tratando de complacer a su madre Hera, de blancos brazos:  
 «Mal asunto es este en verdad, difícilmente soportable,  
 si os lleva a pelearos así por culpa de los hombres  
 y si vosotros hacéis que los dioses se enfrenten a su vez. No reinará 575  
 la felicidad<sup>27</sup> en nuestro banquete, pues prevalecerá lo inferior.  
 Pido por tanto a mi madre —pues ella es sabia—  
 que complazca a nuestro padre Zeus, para así evitar  
 que el se enoje con ella, estropeándonos el banquete.<sup>28</sup>  
 ¿Pues qué sucedería si el Olímpico señor del rayo diera 580  
 en arrojarnos de nuestros asientos, puesto que él es el más fuerte con mucho?  
 Dirígele, pues, halagadoras palabras  
 para que él nos sea favorable».
   
Así habló y alzó y puso una copa de doble asa  
 en manos de su querida madre y le dijo: 585  
 «Se paciente, madre, y soporta tu pena,  
 pues me eres muy querida y no quisiera verte, con mis propios ojos,  
 maltratada, ya que en tal caso no podría ayudarte, muy a mi pesar;  
 pues imposible sería luchar contra el Olímpico [Zeus].  
 Hubo una ocasión en la que, queriendo defenderte, 590  
 ¡me tomó del pie y me arrojó del Olimpo  
 y estuve cayendo durante todo el día  
 hasta que al atardecer caí en Lemnos, ya casi sin vida,

<sup>27</sup> Repárese en el epíteto reiteradamente aplicado a los dioses: «felices», es decir, libres de ninguna preocupación.

<sup>28</sup> Los dioses se distinguen de los hombres, entre otras cosas, porque, a diferencia de éstos, no tienen que procurarse su alimento; mientras que los hombres se diferencian de los animales —obligados asimismo a cazar— porque cocinan éste. Así pues, la escena escogida por el poeta —un banquete celestial— para poner de relieve la superioridad de los dioses sobre los hombres es particularmente indicada.

y allí los sánticas me recogieron!».

Así dijo, y Hera, la diosa de blancos brazos, 595  
sonrió y tomó en su mano la copa que le ofrecía su hijo;  
y él fue escanciando vino a todos los demás dioses, de izquierda a derecha,  
virtiendo [en sus copas] el dulce néctar de una crátera.  
Una risa inextingible se hizo oír entonces entre los felices dioses,  
al ver éstos a Hefesto jadear [en su ir y venir escanciando vino] a través del  
[ Olimpo. 600

Los dioses celebraron el banquete durante todo el día, hasta la puesta del sol,  
y a nadie le faltó su porción,<sup>29</sup>  
ni faltó tampoco la lira de Apolo,  
ni las Musas, que cantaban con bella voz, alternándose.

Y una vez que el reluciente sol se puso, 605  
cada uno marchó a su casa a descansar,  
pues cada uno tenía su morada —que Hefesto les había fabricado—  
en la abrupta y divina cima.

También el olímpico Zeus, señor del rayo, se retiró a su lecho,  
donde siempre descansaba cuando el dulce sueño le invadía;<sup>30</sup> 610  
subió hasta él y allí se durmió, y junto a él lo hizo Hera, la del trono áureo.<sup>31</sup>

---

<sup>29</sup> Cf. v. 468.

<sup>30</sup> El sueño (Hipnos) es hijo de la Noche, y, por tanto, un dios anterior a los olímpicos, contra el que ellos nada pueden. La muerte, cuya diosa ha sido antes mencionada, es asimismo hija de la Noche. A diferencia de los hombres, los dioses inmortales no están limitados por la muerte, pero nada pueden hacer para ahorrársela a los hombres; a lo más pueden tratar de retrasar su llegada, pero no pueden enfrentarse a las las Moiras del destino, hijas asimismo de la Noche.

<sup>31</sup> Cualquiera que haya sido hasta aquí la disputa entre Zeus y Hera, los felices dioses recobran su así imperturbable tranquilidad; y Hera, a ojos del poeta —al fin y al cabo un mortal—, su muy venerable condición divina.



## Glosario

---

### A

*Afrodita*: diosa de la belleza y el amor.

*Agamenón*: hijo de Atreo, rey de Micenas y máximo líder de los griegos; su enfrentamiento con Aquiles da pie a la trama de la *Iliada*.

*Alejandro*: Paris.

*Apolo*: dios hijo de Zeus y Leto. Apolo es el límite y medida de cada cosa y, por tanto, el dios del conocimiento que uno debe adquirir acerca de lo que es y de lo que no es; Plutarco de Queronea lo equipara por ello con el dios de la filosofía, mientras que Heráclito y Parménides reescriben su oráculo en algunos de los fragmentos que de ellos se nos han conservado. Apolo es el sol brillante (de donde su epíteto Febo, posiblemente) que muestra los contornos de las cosas, pero es también el dios arquero que hiere de lejos, es decir, de manera imprevisible y muy rápida cuando, por ejemplo, uno excede sus límites (llegando incluso a provocarle la muerte, tal y como sucede con Patroclo en el poema); es, por lo mismo, el dios que recuerda cuáles son los límites de cada cosa en la tragedia griega.

*aqueos*: nombre colectivo de los guerreros griegos en el poema, en referencia al lugar de proveniencia de muchos de ellos: la Acaya, en la zona septentrional del Peloponeso.

*Aquiles*: héroe principal del poema, hijo del mortal Peleo y de la ninfa Tetis, rey de Ftía y comandante de los mirmidones. Aquiles no sólo representa, como suele decirse, las cualidades apolíneas, sino que su cólera contra el codicioso Agamenón es, por decirlo así, el vehículo a través del cual Apolo manifiesta su disgusto con este último.

*argivos*: nombre colectivo de los guerreros griegos en el poema, en referencia a la ciudad de proveniencia de algunos de ellos: Argos.

*Argólida*: región oriental del Peloponeso, cuyas principales ciudades eran Argos y Micenas.

*argonautas*: héroes mitológicos griegos que acompañaron a Jasón hasta la Cólquida para que éste último se hiciera con el Vello de Oro, símbolo de la realeza cuya posesión le permitiría hacerse con el trono de Tesalia.

*Argos*: ciudad de la Argólida, en el Peloponeso.

*Asia Menor*: denominación alternativa de la antigua Anatolia, que equivale, aproximadamente, a la actual Turquía; comprendía varias provincias griegas,

incluidas de sur a norte la Jonia, la Eólida y la Tróade, a lo largo de su costa occidental.

*Atenea*: diosa hija de Zeus, nacida directamente de la frente de este último. Atenea simboliza así pues el pensamiento, la inteligencia y la visión clara de las cosas; es, en el poema, defensora de los griegos y protectora de Aquiles. No está claro si Palas, epíteto que en ocasiones acompaña a su nombre, significa «doncella» o «la que blande el escudo».

*Ática*: región occidental de la Hélade cuya ciudad principal es Atenas.

*Atreo*: padre de Agamenón y Menelao y antiguo rey de Micenas, en el nordeste del Peloponeso, antes de serlo el propio Menelao.

*Atrida(s)*: hijo(s) de Atreo.

*Áyax*: héroe griego, hijo de Telamón, rey de Salamina.

## B

*Baquílides*: poeta lírico griego de los siglos VI–V antes de nuestra era.

*Beocia*: región de la Hélade al norte del Ática.

*Briáreo (o Egeón)*: el más fuerte de los hecatónquiros.

*Briseida*: prima de Criseida y sobrina de Crises, cautiva de Aquiles que Agamenón quiere arrebatarse.

## C

*Calcas*: adivino de Apolo e hijo del también adivino Téstor.

*Caos*: la Apertura que da inicio a todo.

*Céneo*: héroe de la centauromaquia.

*centauromaquia*: batalla mitológica entre centauros y lápitas.

*centauros*: seres mitológicos con brazos, cabeza y torso humano y cuerpo y patas de caballo.

*cíclope(s)*: gigantes mitológicos con un solo ojo en mitad de la frente.

*Cila*: ciudad de la Eólida, en Asia Menor.

*Clitemnestra*: esposa de Agamenón.

*Cólquida*: región de la actual Georgia, a orillas del Mar Negro.

*Creta*: isla situada al sur de Grecia.

*Crisea*: ciudad de la Fócida, en la Hélade. En la Fócida se encontraba asimismo el principal santuario de Apolo, en Delfos.

*Crises*: sacerdote de Apolo en Crise, ciudad de la Tróade en Asia Menor, y padre de Criseida.

*Criseida*: hija de Crises y prisionera de Agamenón, a quien éste se niega en un principio a devolver a su padre.

*Crónida*: hijo de Cronos.

*Cronos*: titán, padre de Zeus, a quien éste destronó, del mismo modo en que aquél había hecho con Urano.

*ctónico*: relativo a las profundidades de la tierra.

## D

*dánaos*: nombre colectivo de los guerreros griegos en el poema, en referencia a Dánao, fundador de la ciudad de Argos.

*dioses*: fuerzas eternas de la tierra, positivas y negativas, que hacen y deshacen mundo.

*Driante*: líder mitológico de los lápitas en su batalla contra los centauros.

## E

*Edipo rey*: obra de Sófocles, centrada en la figura de Edipo, hijo de Layo y Yoacasta y rey mítico de Tebas que, negándose a descifrar diversos enigmas a fin de huir de su destino, se precipita en él, dando muerte a su padre y desposando a su propia madre.

*Eetes*: rey mitológico de la Cólquida.

*Eetión*: rey de Teba.

*Egeida*: hijo de Egeo.

*Egeo*: rey mitológico de Atenas.

*Egeón*: Briáreo.

*Égida*: coraza (o escudo) de Atenea (y de Zeus).

*Eólida*: provincia griega del Asia Menor, sitiada entre la Tróade (al norte) y la Jonia (al sur).

*Eris*: diosa de la discordia.

*Esparta (o Lacedemonia)*: región y ciudad meridional del Peloponeso.

*Esquilo*: poeta trágico griego de los siglos VI–V antes de nuestra era.

*Euríbatos*: ayudante de Agamenón.

*Eurípides*: poeta trágico griego del siglo V antes de nuestra era.

*Exadio*: héroe de la centauromaquia.

## F

*Ftía*: patria de Aquiles y región meridional de Tesalia, en la Hélade.

## G

*Gea*: la tierra, en tanto que diosa primordial.

*Glauco*: héroe licio, primo de Sarpedón y que combatió junto a los troyanos; al morir Héctor, asumió el mando del ejército troyano hasta su muerte a manos de Áyax.

## H

*Hades*: dios hermano de Zeus y Poseidón y señor del inframundo, la región de los muertos; simboliza la posibilidad indeterminada de ser en contraposición con Poseidón, que simboliza su autoafirmación, y Zeus, que simboliza a su vez su determinación plena.

*Hécate*: diosa de las encrucijadas y de la brujería.

*hecatónquiros*: titanes de cien brazos y cincuenta cabezas, hijos de Gea y Urano, que ayudaron a Zeus en su lucha contra los titanes.

*Héctor*: héroe y príncipe troyano, hijo primogénito de Príamo. Aquiles le da muerte tras mataar él a Patroclo.

*Hefesto*: dios del fuego y de la forja, hijo de Hera y Zeus.

*Hélade*: el continente griego y, por extensión, el conjunto de las antiguas provincias griegas, tanto en el continente propiamente dicho como en el Peloponeso y Asia Menor.

*Helena*: esposa de Menelao, raptada por el joven príncipe troyano Paris, y cuyo rapto, consentido por ella, provoca la expedición griega contra Troya.

*Hera*: diosa hermana y esposa de Zeus y protectora de los aqueos en el poema.

*Heráclito*: filósofo griego de los siglos VI–V antes de nuestra era.

*Hipnos*: el Sueño, hijo de la Noche.

*Homero*: nombre bajo el que se agrupan los dos poemas épicos por excelencia de la antigua cultura griega: la *Iliada* y la *Odisea*.

*homérico*: relativo a Homero.

## I

*Idomeneo*: héroe griego y rey de Creta.

*Iliada*: primero, cronológicamente hablando, de los llamados poemas homéricos, centrado en la expedición griega contra Troya y en la figura de Aquiles. La forma en que lo conocemos hoy data de los siglos VIII–VI antes de nuestra era, pero el material original es muy anterior, retrotrayéndose hasta mediados del segundo milenio antes de nuestra era.

*Ilión*: Troya.

*Istmo de Corinto*: franja de tierra que une el Peloponeso con la Hélade.

## J

*Jasón*: héroe mitológico griego y líder de los argonautas.

*Jonia*: provincia griega del Asia Menor, situada al sur de la Eólida.

## L

*lápitas*: habitantes de la Perrebia, región de Tesalia próxima al monte Olimpo.

*Layo*: rey mítico de Tebas y padre de Edipo.

*Lemnos*: isla del Mar Egeo.

*Leto*: hija de los titanes Ceo y Febe y madre, con Zeus, de Apolo y Artemisa. Píndaro cuenta que Delos, lugar de nacimiento de Apolo, era una isla errante hasta que los dioses la detuvieron para que Leto diera luz a Apolo, que simboliza la delimitación de cuanto es en mitad de su devenir.

*Licia*: región en el sudoeste de Asia Menor.

## M

*Medea*: hija de Eetes y sacerdotisa mitológica de Hécate que, tras fugarse de la Cólquida junto con Jasón, y ser traicionada por éste, mata —en la versión de Eurípides, que dedicó una tragedia a su figura— a los dos hijos nacidos de ambos.

*Menecio*: padre de Patroclo y uno de los argonautas.

*Menelao*: hermano de Agamenón y rey de Esparta; el rapto de su esposa Helena por Paris, joven príncipe de Troya, es el acontecimiento desencadenante de la expedición griega contra dicha ciudad.

*Micenas*: ciudad de la Argólida, en el Peloponeso.

*mirmidones*: guerreros de la Ftía bajo mando de Aquiles.

*Moiras*: diosas del destino, hijas de la Noche.

*Musa(s)*: diosa(s) de la palabra (o, mejor, de sus cualidades poéticas, así como también de la música y la danza que acompañaban a la poseía en la antigua Grecia) que hace(n) venir las cosas a la presencia (en forma de canto, melodía y/o danza).

## N

*neréidas*: hijas de Nereo, dios del Mar Egeo.

*Nereo*: dios del Mar Egeo, hijo de Ponto y Gea y padre de Tetis y las demás nereidas; también se le conoce como el Anciano o Viejo del Mar.

*Néstor*: anciano griego y rey de Pilos, en el Peloponeso.

*Nyx* (la Noche): diosa primordial, hija del Caos.

## O

*Odisea*: segundo, cronológicamente hablando, de los llamados poemas homéricos, centrado en las aventuras y desventuras de Odiseo para regresar a Ítaca, su ciudad, al término de la Guerra de Troya. La forma en que lo conocemos hoy data, muy posiblemente, del siglo VI antes de nuestra era, pero parte del material original es sin duda anterior a esa fecha, aunque no tanto, probablemente, como el de la *Iliada*.

*Odiseo (o Ulises)*: héroe griego y rey de la isla de Ítaca, en Jonia. Mientras que Aquiles es frontal e impulsivo, Odiseo es astuto y reservado; mientras que Aquiles anhela la excelencia, a la que Heráclito llama «la fama imperecedera de lo mortal» (frag. 29), Odiseo se muestra a la vez nostálgico y pragmático. Cada uno de ellos imprime así una cualidad distinta a cada uno de los dos poemas del ciclo homérico: mientras que el tema principal de la *Iliada* —cuyo protagonista es Aquiles— es el de la justicia y los límites del aparecer (o del ser en tanto que presencia, que los filósofos presocráticos retomarán y ampliarán a su vez), el problema de fondo de la *Odisea* —cuyo protagonista es Ulises— es el de la relación entre ser y (a)parecer (sobre el que Platón no cesará de escribir).

*olímpico*: relativo al Olimpo.

*Olimpo*: monte situada entre Tesalia (al sur) y Macedonia (al norte); es el más alto de Grecia y morada de los dioses olímpicos, que representan las fuerzas eternas de la tierra —de cuya permanencia el cielo es a su vez símbolo— que hacen mundo.

*Orestes*: hijo de Agamenón y Clitemnestra.

*Orestíada*: trilogía de Esquilo sobre el asesinato de Agamenón a manos de Clitemnestra tras su regreso a Micenas terminada la guerra de Troya, sobre el posterior asesinato de Clitemnestra por Orestes, y sobre el juicio de este último y el establecimiento de las leyes de la polis.

## P

*Paris (o Alejandro)*: joven príncipe troyano, hijo menor de Príamo y hermano de Héctor. En el transcurso de la celebración de los esponsales de Peleo y Tetis, y movido por Eris, diosa de la discordia, Paris elige a Afrodita por encima de Hera y de Atenea como la más bella de entre las diosas —o, lo que es lo mismo, escoge el amor, del que Afrodita es símbolo, frente a las cualidades que representan Atenea y Hera: la inteligencia y la familia, respectivamente—; lo hace al valorar los obsequios que cada diosa le promete, decantándose por el que Afrodita le ofrece: la más bella de entre las mujeres, Helena de Esparta, esposa de Menelao, provocando con ello la ira de este último y la expedición aquea contra Troya. La historia del rapto de Helena por Paris no figura tal cual en la *Iliada* —así como tampoco la muerte de Aquiles por una flecha de Paris— pero constituye la premisa del poema.

*Parménides*: filósofo griego de los siglos VI–V antes de nuestra era.

*Patroclo*: compañero de armas y amante de Aquiles.

*Pélida*: hijo de Peleo.

*Peleo*: padre de Aquiles y rey de los mirmidones.

*Peloponeso*: península griega unida a la Hélade por el istmo de Corinto, y que comprendía, entre otras provincias griegas, Esparta y la Argólida.

*Perítoo*: rey mitológico de los lápitas y héroe de la centauromaquia.

*pilios*: habitantes de Pilos.

*Pilos*: ciudad del Peloponeso.

*Píndaro*: poeta lírico griego de los siglos VI–V antes de nuestra era.

*Platón*: filósofo griego de los siglos V–IV antes de nuestra era.

*Polifemo*: cíclope hijo de Poseidón.

*polis*: la ciudad griega, esto es, el conjunto de sus ciudadanos.

*Ponto*: dios primordial del mar, hijo Gea y padre, con ella, de Nereo.

*Poseidón*: dios hermano de Zeus y Hades, soberano de las aguas profundas del mar; simboliza la autoafirmación de lo posible.

*Príamo*: rey de Troya.

## S

*Sarpedón*: héroe licio, hijo de Zeus y de una mortal, que combatió junto a los troyanos al frente del ejército licio hasta su muerte a manos de Patroclo.

*sínticas*: piratas tracios habitantes de la Síntice.

*Síntice*: región de Macedonia.

*Sófocles*: poeta trágico griego del siglo V antes de nuestra era.

## T

*Taltibio*: ayudante de Agamenón.

*Teba*: ciudad de Asia Menor.

*Tebas*: principal ciudad de Beocia, en la Hélade.

*Ténedos*: isla próxima al Estrecho de los Dardanelos.

*Tesalia*: región septentrional de la Hélade.

*Téstor*: hijo y adivino de Apolo y padre del también adivino Calcas.

*Testórida*: hijo de Téstor.

*Tetis*: nereida madre de Aquiles; ella es quien pide a Zeus que restituya el honor de Aquiles frente a la insolencia de Agamenón.

*titanes*: dioses primordiales del protomundo, hijos de Gea y Urano.

*Tróade*: provincia griega del Asia Menor, situada al norte de la Eólida.

*Troya*: principal ciudad de la Tróade, en Asia Menor, y destino de la expedición griega.

## U

*Ulises*: Odiseo.

*Urano*: dios primordial del cielo, hijo esposo de Gea.

**V**

*Viejo (o Anciano) del Mar: Nereo.*

**Y**

*Yoacasta:* reina mítica de Tebas, esposa de Layo, madre de Edipo y, después, esposa de este último.

**Z**

*Zeus:* principal dios olímpico, hijo de Cronos. Esquilo dice que «Zeus es el aire, la tierra, el cielo, todas las cosas y también lo que está más allá o por encima de ellas» (frag. 70). Zeus es, por tanto, la determinación plena de todo cuanto es, es decir, el ser de todas las cosas, cuya delimitación diferencial como esto, como lo otro y como lo de más allá no compromete su unidad. Y como, para los antiguos griegos —cuya cultura es una cultura mediterránea de la luz— ser es aparecer o hacerse presente, hurtándose así a la noche del no ser, Zeus es también la luz suprema que perfila la tierra mostrándola en tanto que mundo en el que cada cosa ocupa un lugar.

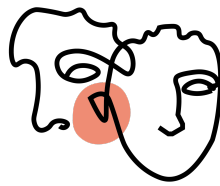


## Bibliografía

---

- Bachvarova, M. *From Hittite to Homer: The Anatolian Background of Ancient Greek Epic*. Cambridge: Cambridge University Press, 2016.
- Bacchylides, Corinna & Others. *Greek Lyric*, ed. & trad. D. A. Campbell. Cambridge (MA): Harvard University Press, 1992.
- Beekes, R. *Etymological Dictionary of Greek*. 2 vols. Leiden: Brill, 2010.
- Bierl, A. & J. Latacz. *Homers Ilias. Gesamtkommentar*. 15 vols. Berlin: De Gruyter, 2000–.
- Cairns, D. L. *Aidōs: The Psychology and Ethics of Honour and Shame in Ancient Greek Literature*. Oxford: Clarendon Press, 1993.
- Courtieu, G. LÓlisseus. *Le monstre avant l'Ulysse homérique*. Bruselas: Safran, 2019.
- Detienne, M. *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica*, trad. J. J. Herrera; Prefacio de P. Vidal-Naquet. Madrid: Sexto piso, 2004.
- Dué, C. *Achilles Unbound: Multiformity and Tradition in the Homeric Epics*. Washington, DC: Center for Hellenic Studies, 2018.
- Elmer, D. F. *The Poetics of Consent: Collective Decision Making & the Iliad*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2013.
- Esquilo, Sófocles, Eurípides. *Tragedias completas*, ed. E. Crespo & al.; trad. J. Alsina, J. Vara Donado, J. A. López Férrez & J. M. Labiano. Madrid: Cátedra, 2004.
- Fränkel, H. *Poesía y filosofía de la Grecia Arcaica*, trad. R. Sánchez Ortiz de Urbina. Madrid: La balsa de la Medusa, 1993.
- Heidegger, M. «La sentencia de Anaximandro (1946)», en id., *Caminos de bosque*, trad. A. Leyte y Helena Cortés, p. 239-277. Madrid: Alianza, 1998.
- Heráclito. *Fragmentos e interpretaciones*, ed. J. L. Gallero y C. E. López. Madrid: Árdora, 2009.
- Homer. *Opera*, vols. 1 (*Iliad*, Books 1–12) & 2 (*Iliad*, Books 13–24), ed. D. B. Monro y T. W. Allen. Oxford: Oxford University Press, 1920. Online: <http://www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus:text:1999.01.0133>.
- Kirk, G. S. (ed.). *The Iliad: A Commentary*. 6 vols. Cambridge: Cambridge University Press, 1985–1993.
- Kirk, G. S., J. E. Raven & M. Schofield. *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos*, trad. J. García Fernández. Madrid: Gredos, 2014.

- Louden, B. *The Iliad: Structure, Myth, and Meaning*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2006.
- Martínez Marzoa, F. *Historia de la filosofía antigua*. Madrid: Akal, 1995.
- . *El decir griego*. Madrid: La balsa de la Medusa, 2006.
- Míguez Barciela, A. *Mortal y fúnebre. Leer la Iliada*. Madrid: Dioptrías, 2016.
- Nagy, G. *Poetry as Performance: Homer and Beyond*. Cambridge: Cambridge University Press, 1966.
- Otto, W. F. *Los dioses de Grecia*, trad. R. Berge & A. Murguía Zuriarrain. Madrid: Siruela, 2003.
- . *Teofanía. El espíritu de la antigua religión griega*, trad. J. J. Thomas. Madrid: Sexto piso, 2007.
- Parmenides. *The Fragments: A Critical Text with Introduction and Translation, the Ancient Testimonia and a Commentary*. Revised and expanded edition edited by A. H. Coxon with new translations by R. McKirahan and a new Preface by M. Schofield. Athens: Parmenides Publishing, 2009.
- Pindar. *Olympian Odes. Pythian Odes*, ed. & trad. W. H. Race. Cambridge (MA): Harvard University Press, 1997.
- . *Nemean Odes. Isthmian Odes. Fragments*, ed. & trad. W. H. Race. Cambridge (MA): Harvard University Press, 1997.
- Pucci, P. *The Iliad – The Poem of Zeus*. Berlín: De Gruyter, 2018.
- Redfield, J. M. *La tragedia de Héctor. Naturaleza y cultura en la Iliada*. Barcelona: Destino, 1992.
- Schelling, F. W. J. *Samtliche Werke*, vol. XXX (Philosophie der Mythologie: Zweites Buch. Die Mythologie). Stuttgart: Cotta, 1857.
- Segovia, C. A. «Pasolini's Counter-Political Gaze at the Sacred». *Polymorph Minor Essays*, no. 2. Online: <https://polymorph.blog/minor-essays/>.
- Severino, E. *Il giogo. Alle origine della ragione: Eschilo*. Milan: Adelphi, 1989.
- Slatkin, L. M. *The Power of Thetis: Allusion and Interpretation in the Iliad*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press, 1991.
- Wagner, R. *Asiwinarong: Ethos, Image, and Social Power Among the Usen Barok of New Ireland*. Princeton: Princeton University Press, 1986.
- . *Coyote Anthropology*. Lincoln: University of Nebraska Press, 2010.
- Weil, S. *The Iliad, or the Poem of Force*, trad. M. McCarthy. Pendle Hill: Wallingford, 1956.
- Wilson, D. F. *Ransom, Revenge, and Heroic Identity in the Iliad*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.



<http://polymorph.blog>  
re-thinking ideas & re-imagining worlds